

ASTROLOGIA JUDICIARIA, Y ALMANAQUES.

DISCURSO OCTAVO.

§. I.

NO pretendo desterrar del mundo los Almanagues, sino la vana estimacion de sus predicciones, pues sin ellas tienen sus utilidades, que valen por lo menos aquello poco que cuestan. La devocion, y el culto se interesan en la asignacion de fiestas, y Santos en sus propios dias: el Comercio en la noticia de las ferias francas: la Agricultura, y acaso tambien la Medicina, en la determinacion de las Lunaciones. Esto es quanto pueden servir los Almanagues; pero la parte judiciaria que hay en ellos, sin embargo de hacer su principal fondo en la aprehension comun, es una apariencia ostentosa, sin substancia alguna: y esto no solo en quanto predice los sucesos humanos, que dependen del libre alvedrio; mas aun en quanto señala las mudanzas del tiempo, ó varias impresiones del ayre.

2 Ya veo que en consideracion de esta propuesta estan esperando los Astrólogos que yo les condene al punto por falsas las predicciones de los futuros contingentes que trahen sus Reportorios. Pero estoy tan lexos de eso, que el capítulo por donde las juzgo mas despreciables, es ser ellas tan verdaderas. ¿Qué nos pronostican estos Judicia-rios, sino unos sucesos comunes, sin determinar lugares, ni personas; los quales considerados en esta vaga indife-

ren-

rencia, sería milagro que faltasen en el mundo? Una señora que tiene en peligro su fama: la mala nueva que contrista á una Corte: el susto de los dependientes por la enfermedad de un gran Personage: el feliz arribo de un Navio al Puerto: la tormenta que padece otro: tratados de casamientos, ya conducidos al fin, ya desbaratados; y otros sucesos de este género, tienen tan segura su existencia, que qualquiera puede pronosticarlos sin consultar las estrellas: porque siendo los acaecimientos que se expresan nada extraordinarios, y los individuos, sobre quienes pueden caer, innumerables, es moralmente imposible que en qualquiera quarto de Luna no comprehendan á algunos. A la verdad, con estas predicciones generales no puede decirse que se pronostican futuros contingentes, sino necesarios; porque aunque sea contingente que tal Navio padezca naufragio, es moralmente necesario que entre tantos millares, que siempre estan surcando las ondas, alguno peligre; y aunque sea contingente que tal Príncipe esté enfermo, es moralmente imposible que todos los Príncipes del mundo en ningun tiempo de el año gocen entera salud. Por esto va seguro quien, sin determinar individuos, ni circunstancias, al Navio le pronostica el naufragio, al Príncipe la dolencia, y así de todo lo demas.

3 Si tal vez señalan algunas circunstancias, obscurecen el vaticinio en quanto á lo substancial de el acaecimiento, de modo que es aplicable á mil sucesos diferentes; usando en esto del mismo arte que practicaban en sus respuestas los Oráculos; y el mismo de que se valió el Frances Nostradamo en sus predicciones, como tambien el que fabricó las supuestas profecias de Malachias. Así en este género de pronósticos halla cada uno lo que quiere; de que tenemos un reciente, y señalado exemplo en la triste borrasca que poco ha padeció esta Monarquía, donde se-
gun la division de los afectos, en la misma profecia de Malachias, correspondiente al presente Reynado, unos hallaban asegurado el Cetro de España á Carlos VI, Emperador de Alemania, y otros al Monarca, que por disposi-

cion

cion de el Cielo, ya sin contingencia alguna nos domina,

§. II.

4 ¿ **P**ero qué mas pueden hacer los pobres Astrólogos, si todos los Astros que examinan no les dan luz para mas? No me haré yo parcial de el incomparable Juan Pico Mirandulano, en la opinion de negar á los cuerpos celestes toda virtud operativa fuera de la luz, y el movimiento; pero constantemente aseguraré, que no es tanta su actividad, quanta pretenden los Astrólogos. Y debiendo concederse lo primero, que no rige el Cielo con dominio despótico nuestras acciones; esto es, necesitándonos á ellas de modo que no podamos resistir su influxo; pues con tan violenta batería iba por el suelo el alvedrío, y no quedaba lugar al premio de las acciones buenas, ni al castigo de las malas; pues nadie merece premio, ni castigo con una accion, á que le precisa el Cielo, sin que él pueda evitarlo: digo, que concedido esto, como es fuerza concederlo, ya no les queda á los Astros para conducirnos á los sucesos, ó prósperos, ó adversos, otra cadena que la de las inclinaciones. Pero fuera de que el impulso que por esta parte se le dá al hombre, puede resistirlo su libertad; aun quando no pudiera, es inconexó con el suceso que predice el Astrólogo.

5 Pongamos el caso, que á un hombre, examinado su horóscopo, se le pronostica que ha de morir en la guerra. ¿Qué inclinaciones pueden fingirse en este hombre, que le conduzcan á esta desdicha? Imprimale norabuena Marte un ardiente deseo de militar, que es quanto Marte puede hacer: puede ser que no lo logre, porque á muchos que lo desean, se lo estorba, ó el imperio de quien los domina, ó algun otro accidente. Pero vaya ya á la guerra, no por eso morirá en ella; pues no todos, ni aun los mas que militan, rinden la vida á los rigores de Marte. Ni aun los riesgos que trae consigo aquel peligroso empleo, le sirven de nada para su prediccion al Astrólogo: pues este, por lo comun, no solo pronostica el género de muerte de aquel

in-

infelz, mas tambien el tiempo en que ha de suceder: y los peligros de el que milita, no están limitados á aquel tiempo, sino extendidos á todo tiempo en que haya combate.

6 Y veis aquí sobre esto un terrible embarazo de la Judiciaria, no sé si bien advertido hasta ahora. Para que el Astrólogo conozca por los Astros que un hombre por tal tiempo ha de morir en la batalla, es menester que por los mismos Astros conozca que ha de haber batalla en aquel tiempo; y como esto los Astros no pueden decírselo, sin mostrarle cómo influyen en ella (pues es conocimiento del efecto por la causa), es consiguiente que esto lo vea el Astrólogo. Ahora, como el dar la batalla es accion libre en los Gefes de ambos partidos, ó por lo menos en uno de ellos, no pueden los Astros influir en la batalla, sino inclinando á ella á los Gefes. Por otra parte esta inclinacion de los Gefes no puede conocerla el Astrólogo, pues no examinó el horóscopo de ellos, como suponemos; y de allí depende en su sentencia toda la constitucion de las inclinaciones, y toda la serie de los sucesos.

7 Aun no pára aquí el cuento. Es cierto que el Gefe, influyan como quieran en él los Astros, no determinará dar la batalla, sino en suposicion de haber hecho tales, ó tales movimientos el enemigo, y acaso de haber conspirado en lo mismo algunos votos de su consejo, de hallarse con fuerzas probablemente proporcionadas, y de otras muchas circunstancias, cuya coleccion determina á semejantes decisiones: siendo infalible que el Caudillo es inducido al combate por algun motivo, faltando el qual se estuviera quieto, ó se retirára. Con que es menester que todas estas disposiciones previas, sin las quales no se tomará la resolucion de batallar, por mas fogoso que le haya hecho Marte al Caudillo, las tenga presentes, y las lea en las Estrellas el Astrólogo. Pasemos adelante. Estas mismas circunstancias que se prerequieren para la resolucion del choque, dependen necesariamente de otras muchas acciones anteriores todas libres. El tener el campo mas,

Tom. I. del Teatro.

N

6

ó menos gente depende de la voluntad del Príncipe, y mas, ó menos cuidado de los Ministros: los movimientos de el enemigo, de mil circunstancias previas, y noticias verdaderas, ó falsas que le administran: los votos de el Consejo de Guerra, nacen en gran parte de el genio de los que votan: y retrocediendo mas, el mismo rompimiento de la guerra entre los dos Príncipes, sin el qual no llegará el caso de darse esta batalla, ¿en cuántos acaecimientos anteriores, todos contingentes, y libres se funda? De modo que esta es una cadena de infinitos eslabones, donde el último, que es la batalla, se quedará en el estado de la posibilidad, faltando qualquiera de los otros. De donde se colige, que el Astrólogo no podrá pronunciar nada en orden á este suceso, sino es que lea en las Estrellas una dilatadísima historia. Y ni esta historia está escrita en los Astros, ni aun quando lo estuviera, pudieran leerla los Astrólogos. No está escrita en los Astros, porque estos solo pueden inferir tantas operaciones como se representan en ella, influyendo en las inclinaciones de los actores; y esta ilacion precisamente ha de flaquear, porque entre tanto número de sujetos, es totalmente inverisimil que alguno, ó algunos no obren contra la inclinacion que conduce para que se dé la batalla, ó por dictamen de conciencia, ó por razon de conveniencia, ó por el contrapeso de otra inclinacion mas poderosa, como sucede en el avaro vengativo, que por mas que la ira le incite, dexa vivir á su enemigo, por no arriesgar su dinero: y una operacion sola que falte de tantas á que los Astros inclinan, y que son precisamente necesarias para que llegue el caso de darse la batalla, no se dará jamas.

8 Tampoco aunque toda aquella larga serie de sucesos, y acciones, que precisamente han de preceder el combate, estuviera escrita en las Estrellas, fuera legible por el Astrólogo. La razon es clara, porque casi todos esos sucesos, y acciones dependen de otros sujetos, cuyos horóscopos no ha visto el Astrólogo (pues suponemos que solo vió el horóscopo de aquel á quien pronostica la muerte

te

te en la batalla), y no viendo el horóscopo de los sujetos, no puede determinar nada la Judicaria de sus acciones.

§. III.

9 **E**sfuerzo esto de otro modo. Quando el Astrólogo, vió el horóscopo de Juan, le pronostica muerte violenta, es cierto que los Astros no pueden representarle esta tragedia, sino porque la contienen en sí, como causas suyas. Pregunto ahora: ¿cómo causarán los Astros esta muerte? No influyendo directamente en la accion de el homicidio; porque como son causas necesarias, y no libres, no sería la accion del homicidio contingente, sino necesaria, y así no podría evitarla el agresor. Tampoco determinando la voluntad, y brazo de el homicida; porque se seguiría el mismo inconveniente de ser movidas necesariamente á la accion las potencias de este: por cuya razon asientan los Teólogos, que si la primera causa obrase necesariamente, las segundas no podrían obrar con libertad. Luego solo resta que los Astros influyan en aquella muerte violenta, imprimiendo alguna inclinacion que conduzca á ella. ¿Pero esta inclinacion en quién la han de imprimir? No en Juan; porque este nunca tendrá inclinacion á ser muerto violentamente: ni el que le inspiren un genio cólerico, y provocativo hace al caso; porque los mas de estos espiran de muerte natural, como asimismo muchos pacíficos mueren á golpe de cuchillo. Con que quedamos en que esta inclinacion se la han de imprimir al matador. Pero este con toda su inclinacion á matar á Juan, es muy posible que no pueda ejecutarlo. Es muy posible tambien que el miedo de el castigo, que el riesgo de sus bienes, que el amor de sus hijos le detenga. Mas concedámosle una inclinacion tan violenta, que haya de superar todos esos estorbos, y aun facilitarle los medios. ¿Cómo puede el Astrólogo conocer esa inclinacion del matador, cuyo horóscopo no ha visto, sino solo de el que ha de ser muerto? Y por otra parte los Astros, que solo por ese medio han de causar la muerte, solo pueden representársela al Astrólogo,

N 2

en

en quanto contienen la inclinacion de el matador en su influxo.

10 Y que no depende, ni el género, ni el tiempo de la muerte de los hombres de la constitucion de el Cielo, que Reyna quando nacen, se vé claro en que mueren muchísimos á un tiempo, y de un mismo modo, los quales nacieron debaxo de aspectos muy diferentes. Por ventura (como dice bien Juan Barclayo) quando la tormenta precipita al fondo de el Mar una grande Nao, y perecen todos los que iban en ella, ¿se ha de pensar que todos aquellos infelices nacieron debaxo de un systema celeste, que amenazaba naufragio, disponiendo los mismos Astros, que solo se juntasen en aquella Nave los que habian nacido debaxo de aquel systema? Buenas crederas tendrá quien lo tragare. Antes es cierto, que en los mismos puntos de tiempo en que nacieron esos hombres, nacieron otros muchísimos en el mundo, que tuvieron muerte muy diferente. En la guerra, llamada servil, donde conspiraron á recobrar con el hierro la libertad todos los esclavos de los Romanos, murieron, sin que se salvase ni uno solo, quantos seguian las banderas de el Pastor Athenion, que eran algunos no pocos millares. ¿Quién dirá que todos estos rebeldes nacieron debaxo de tal constitucion de Astros, que los destinaba á esa desdicha; y mas quando los mismos Astrólogos asientan, que son pocos los aspectos que pronostican muerte en la guerra? ¿Quántos nacerían en el mundo al mismo tiempo que aquellos esclavos, los quales murieron en su propio lecho, y ni aun tomaron jamas las armas en la mano!

§. IV.

11 **L**A correspondencia de los sucesos á algunas predicciones, que se alega á favor de los Astrólogos, está tan lexos de establecer su arte, que antes, si se mira bien, la arruina. Porque entre tantos millares de predicciones determinadas, como formaron los Astrólogos de mil y ochocientos años á esta parte, apenas se cuentan veinte, ó treinta que saliesen verdaderas: lo que muestra que

que fue casual, y no fundado en reglas el acierto. Es seguro, que si algunos hombres vendados los ojos un año entero, estuviesen sin cesar disparando flechas al viento, matarian algunos páxaros. ¿Quién hay (decia Tulio) que flechando aun sin arte alguna todo el dia, no dé tal vez en el blanco? *Quis est qui totum diem jaculans, non aliquando collimet?* Pues esto es lo que sucede á los Astrólogos. Echan pronósticos á montones sin tino; y por casualidad uno, ú otro entre millares logra el acierto. Necesario es (decia con agudeza, y gracia Séneca en la persona de Mercurio, hablando con la Parca) que los Astrólogos acierten con la muerte de el Emperador Claudio, porque desde que le hicieron Emperador, todos los años, y todos los meses se la pronostican: y como no es inmortal, en algun año, y en algun mes ha de morir: *Patere Mathematicos aliquando verum dicere, qui illum postquam Princeps factus est, omnibus annis, omnibus mensibus efferunt* (a).

12 Este método, que es seguro para acertar alguna vez, despues de errar muchas, no les aprovechó á los Astrólogos que quisieron determinar el tiempo en que habia de morir el Papa Alexandro VI, por no haber sido constantes en él. Y fue el chiste harto gracioso. Refiere el Mirandulano, que formado el horóscopo de este Papa, de comun acuerdo le pronosticaron la muerte para el año de 1495. Salió de aquel año Alexandro sin riesgo alguno: con que los Astrólogos le alargaron la muerte al año siguiente; de el qual habiendo escapado tambien el Papa, consecutivamente hasta el año de 1502, casi cada año le pronunciaban la fatal sentencia. Finalmente, viéndose burlados tantas veces, en el año de 1503 quisieron emendar la plana, tomando distinto rumbo para formar el pronóstico, en virtud de el qual pronunciaron, que aún le restaban al Papa muchos años de vida. Pero con gran confusion de los Astrólogos, murió el mismo año de 1503.

(a) *In Ludo de morte Claudii Caesaris.*

S. V.

13 **A** Nado, que algunas famosas predicciones que se hacen por verdaderas, con gran fundamento se pueden reputar inciertas, ó fabulosas. De Leoncio Bizantino, Filósofo, y Matemático, se refiere, que predixo á su hija Athenais, que habia de ser Emperatriz, y por eso en el testamento, repartiendo todos sus bienes entre dos hijos que tenia, á ella no la dexó cosa alguna. Pero los mejores Autores nada dicen del pronóstico; sí solo, que Leoncio, en consideracion de la singularísima belleza, peregrino entendimiento, y ajustada virtud de Athenais, conoció que no podia menos de ser codiciada para esposa de algunos hombres acomodados, teniendo harto mejor dote en sus propias prendas, que en toda la hacienda de su padre, y por esto fue olvidada en el testamento, lo que ocasionó su fortuna: porque yendo á quejarse de el agravio á la Princesa Pulcheria, hermana de Theodosio el Segundo, enamoró tanto á los dos Príncipes, que Pulcheria luego la adoptó por hija, y despues el Emperador la tomó por esposa.

14 Del Astrólogo Ascleterion dice Suetonio, que predixo que su cadaver habia de ser comido de perros; lo qual sucedió, por mas que Domiciano, á quien el mismo Ascleterion habia pronosticado su funesto éxito, procuró precaverlo, para desvanecer el pronóstico de su muerte, falsificando el que Ascleterion habia hecho de aquella circunstancia de la suya propia: porque habiendo luego que mataron al Astrólogo, arrojado de orden de el Emperador el cadaver en una grande hoguera, para que prontamente se deshiciese en ceniza, sobrevino al punto una abundante lluvia que apagó el fuego, y no con menos puntualidad acudieron los perros á cebarse en aquella víctima inútilmente sacrificada á la seguridad de el Príncipe sangriento. Pero todo este hecho, dice el Jesuita Dechales, es muy sospechoso; porque no se señala en libro alguno de los que tratan de la Judiciaria, constelacion, aspecto,

ó tema celeste, á quien atribuyen los Astrólogos tal circunstancia, ó especie de muerte.

15 Del célebre Lucas Guarico cuentan algunos Autores, que consultado de María de Médicis, Reyna de Francia, sobre el hado de su hijo Enrico II, pronosticó con harta individuacion su muerte, diciendo que moriria de la herida, que en una Justa habia de recibir en un ojo. Pero el citado Dechales, y Gabriel Naude lo refieren muy al contrario, diciendo, que antes bien erró quanto pudo errar la prediccion, pronosticándole á aquel Príncipe muerte natural, y tranquila, despues de una vida muy larga. Como erró asimismo pronosticando á Juan Bentivollo la expulsion de Bolonia, y designando á Francisco II. el año de su muerte.

16 De otro Astrólogo se dice haberle vaticinado á María de Médicis que habia de morir en S. German: lo qual se cumplió, asistiéndola en aquel trance un Abad llamado Juliano de S. German. Pero fuera de que esto no fue verificarse la profecía, pues no habia sido esa la mente de el Astrólogo, sino que habia de morir en el Lugar, ó Monasterio de S. Germán, ó no hubo tal vaticinio, ó si le hubo, no se fundó en las reglas de la Judiciaria: pues en los libros Astrológicos no se señalan aspectos significadores de los lugares que han de ser teatros de las tragedias, ni de los nombres de las personas que han de intervenir en ellas: ni esto podria ser sin crecer á inmenso volumen los preceptos de este Arte.

17 Acaso no serian mas verdaderas que las expresadas, la prediccion de Spurina á Cesar, la de los Caldeos á Neeron, y otras semejantes, que por la mayor parte recibieron los Autores, que las escriben, de manos de el vulgo. Y bien se sabe, que en el comun de los hombres es bien freqüente, despues de visto el suceso, hallar alusion á él en una palabra que anteriormente se dixo sin intento, y aun sin significacion; y poco á poco, mudando, y añadiendo, llegar á ponerla en parage de que sea un pronóstico perfecto. De esto tenemos mil exemplos cada dia.

§. VI.

18 **U**NA, ú otra vez puede deberse el acierto de las predicciones, no á las Estrellas, sino á políticas, y naturales conjeturas, gobernándose en ellas los Astrólogos, no por los preceptos de su arte, de que ellos mismos hacen bien poco aprecio, por mas que los quieren ostentar al vulgo; si por otros principios, que aunque fáciles, no son tan vanos. Por la situacion de los negocios de una República, se pueden conjeturar las mudanzas que arribarán en ella. Sabiendo por experiencia, que raro Valido ha logrado constante la gracia de su Príncipe, de qualquiera Ministro alto, cuya fortuna se ponga en quëstion, se puede pronunciar la caída con bastante probabilidad. Y con la misma á un hombre de genio intrépido, y furioso se le podrá amenazar muerte violenta. Por la fortuna, genio, temperamento, é industria de los padres, se puede discurrir la fortuna, salud, y genio de los hijos. Es cierto que por este principio se dirigieron los Astrólogos de Italia, consultados por el Duque de Mantua, sobre la fortuna de un recien nacido, cuyo punto natalicio les habia comunicado. En la noticia que les habia dado el Príncipe, se expresaba, que el recien nacido era un bastardo de su casa; cuya circunstancia determinó á los Astrólogos á vaticinarle Dignidades Eclesiásticas: siendo comun que los hijos naturales, y bastardos de los Príncipes de Italia sigan este rumbo, y así en esta parte fueron concordes todas las predicciones, aunque discordes en todo lo demas. Pero el caso era, que el tal bastardo de la Casa de Mantua era un Mulo que habia nacido en el Palacio de el Duque, al qual con bastante propiedad se le dió aquel nombre, para ocasionar á los Astrólogos con la consulta la irrisión que ellos merecieron con la respuesta.

19 Algunas veces las mismas predicciones influyen en los sucesos: de modo que no sucede lo que el Astrólogo predixo, porque él lo leyó en las Estrellas; antes sin haber visto él nada en las Estrellas, sucede solo porque él

lo

lo predixo. El que se ve lisonjeado con una predicción favorable, se arroja con todas sus fuerzas á los medios, ya de la negociacion, ya del mérito, para conseguir el profetizado ascenso, y es natural lograrle de ese modo. Si á un hombre le pronostica el Astrólogo la muerte en un desafío, sabiéndolo su enemigo, le saca al campo, donde este batalla con mas esfuerzo, como seguro de el triunfo, y aquel lánguidamente, como quien espera la execucion de la fatal sentencia, al modo que nos pinta Virgilio el desafío de Turno, y Eneas. Creo que no hubiera logrado Neron el Imperio, si no le hubieran dado esa esperanza á su madre Agripina los Astrólogos; pues sobre ese fundamento aplicó aquella ardiente, y política Princesa todos los medios. Acaso Cesar no muriera á puñaladas, si los matadores no tuvieran noticia de la predicción de Spurina, que les aseguraba aquel dia la empresa. Lo mismo digo de Domiciano, y otros.

20 Es muy notable á este propósito el suceso de Armado, Mariscal de Viron, padre de el otro Mariscal, y Duque de Viron, que fue degollado de orden de Enrique Quarto de Francia. Pronosticóme un adivino, que habia de morir al golpe de una bala de artillería: lo que le hizo tal impresion, que siendo un guerrero sumamente intrépido, despues de notificado este presagio, siempre que oía disparar la artillería le palpataba el corazon. El mismo lo confesaba á sus amigos. Realmente una bala de artillería le mató; pero no le matára, si él hubiera despreciado el pronóstico. Fue el caso, que en el sitio de Epernai, oyendo el silvido de una bala ácia el sitio donde estaba, por hurtarle el cuerpo, se apartó despavorido, y con el movimiento que hizo, fue puntualmente al encuentro de la bala: la qual, si se estuviese quieto en su lugar, no le hubiera tocado. Así el pronóstico, haciéndole medroso para el peligro, vino á ser causa ocasional del daño. Refiere este suceso Mezeray.

21 Ultimamente puede tambien tener alguna parte en estas predicciones el demonio; el qual, si los futuros de-

pen-

pénden precisamente de causas necesarias, ó naturales, puede con la comprehension de ellas antever los efectos; pongo por exemplo la ruina de una casa, porque penetra mejor que todos los Arquitectos de el mundo el defecto de su contextura; ó porque sabe que no basta su resistencia á contrapesar la fuerza de algun viento impetuoso, que en sus causas tiene previsto: y de aquí con bastante probabilidad puede por consiguiente avanzar la muerte de el dueño, si es por genio retirado á su habitacion. Aun en las mismas cosas que dependen de el libre alvedrio, puede lograr bastante acierto con la penetracion grande que tiene de inclinaciones, genios, y fuerzas de los sugetos, y de lo que él mismo ha de concurrir al punto destinado con sus sugeriones. Por esto son muchos, y entre ellos S. Agustín (a) de sentir, que algunos que en el mundo sueñan profesar la Judicaria, no son dirigidos en sus predicciones por las Estrellas, sino por el oculto instinto de los espíritus malos. Yo convengo en que no se deben discurrir hombres de semejante carácter entre los Astrólogos Católicos; sin embargo de que Gerónimo Cardano, que fue muy picado de la Judicaria, no dudó declarar que era inspirado muchas veces de un espíritu, que familiarmente le asistía.

§. VII.

22 **E**Stablecido ya, que no pueden determinar cosa alguna los Astrólogos en orden á los sucesos humanos, pasemos á despojarlos de lo poco que hasta ahora les ha quedado á salvo: esto es, la estimacion de que por lo menos pueden averiguar los genios, é inclinaciones de los hombres, y de aquí deducir con suficiente probabilidad sus costumbres. El arrancarlos de esta posesion parece arduo; y sin embargo es facilísimo.

23 El argumento, que comunmente se les hace en esta materia, es, que no pocas veces dos gemelos, que nacen á un tiempo mismo, descubren despues ingenios, índoles,

(a) *De Civit. Dei, lib. 5. cap. 9.*

y costumbres diferentes, como sucedió en Jacob, y Esaú. A que responden, que moviéndose el Cielo con tan estrañia rapidéz, aquel poco tiempo que media entre la salida de uno, y otro infante á la luz, basta para que la positura, y combinacion de los Astros sea diferente. Pero se les replica: si es menester tomar con tanta precision el punto natalicio, nada podrán determinar los Astrólogos por el horóscopo; porque no se observa, ni se puede observar con tanta exáctitud el tiempo de el parto. No hay reloj de Sol tan grande, que moviéndose en él la sombra por un imperceptible espacio, no avance el Sol entretanto un gran pedazo de Cielo, y esto aun quando se suponga ser un reloj exáctísimo, qual no hay ninguno. Ni aun quando asistieran al nacer el niño Astrónomos muy hábiles con quadrantes, y astrolabios, pudieran determinar á punto fixo el lugar que entonces tienen los Planetas; ya por la imperfeccion de los instrumentos, ya por la inexactitud de las tablas Astronómicas; pues como confiesan los mismos Astrónomos, hasta ahora no se han compuesto tablas tan exáctas en señalar los lugares de los Planetas, que tal vez no yerren hasta cinco, ó seis grados, especialmente en Mercurio, y Venus.

24 Mas. Girando los Planetas con tanta rapidéz, en que no hay duda, es cierto que en aquel poco tiempo que tarda en nacer el infante, desde que empieza á salir del claustro materno, hasta que acaba, camina el Sol muchos millares de leguas, Marte mucho mas, mas aún Júpiter, y mas que todos Saturno. Ahora se pregunta: Aun quando el Astrólogo pudiera averiguar exáctísimamente el punto de tiempo que quiere, y el lugar que los Astros ocupan, ¿qué lugar ha de observar? porque este se varia sensiblemente entretanto que acaba de nacer el infante. ¿Atenderá el lugar que ocupan quando saca la cabeza? O quando descubre el cuello? O quando saca el pecho? O quando ya salió todo lo que se llama el tronco de el cuerpo? O quando ya hasta las plantas de los pies se aparecieron? Voluntario será quanto á esto se responda. Lo mas verisimil (si eso se pudiera lograr, y la Judicaria tuviera algun fundamento) es, que

que se debian formar succesivamente diferentes horóscopos; uno para la cabeza, otro para el pecho, y así de lo demas: porque si lo que dicen los Judiciarios de los influxos de los Astros en el punto natalicio fuera verdad, habian de ir sellando succesivamente la buena, ó mala disposicion de inclinaciones, y facultades, así como fuesen saliendo á luz los miembros, que les sirven de órganos; y así, quando saliese la cabeza, se habia de imprimir la buena, ó mala disposicion para discurrir: quando el pecho, la disposicion para la ira, ó para la mansedumbre, para la fortaleza, ó para la pusilanimidad: y así de las demas facultades, á quienes sirven los demas miembros. Pero ni esa exáctitud, como se ha dicho, es posible, ni los Astrólogos cuidan de ella.

25 Y si les preguntamos, por qué los Astros imprimen esas disposiciones quando el infante nace, y no anticiparon esa diligencia mientras estaba en el claustro materno, ó quando se animó el feto, ó quando se dió principio á la grande obra de la formacion de el hombre (lo que parece mas natural), nada responden que se pueda oír. Porque decir que aquella pequeña parte de el cuerpo de la madre, interpuesta entre el infante, y los Astros, les estorba á estos sus influxos, merece mil carcajadas: quando muchas brazas de tierra interpuestas no les impiden (en su sentencia) la generacion de los metales. Pensar, como algunos quieren persuadir, que por el tiempo de el parto se puede averiguar el de la generacion, es delirio: pues todos saben, que la naturaleza en esto no guarda un método constante; y aun suponiendo que el parto sea regular, ó novimestre, varía, no solo horas, sino días enteros.

26 El caso es, que aunque se formasen sobre el tiempo de la generacion las predicciones, no salieran mas verdaderas. Refiere Barclayo en su Argenis, que un Astrólogo Aleman, ansioso de lograr hijos muy entendidos, y hábiles, no llegaba jamas á su esposa, sino precisamente en aquel tiempo en que veía los Planetas dispuestos á imprimir en el feto aquellas bellas prendas de el espíritu que deseaba.

¿Qué

Qué sucedió? Tuvó esté Astrólogo algunos hijos, y todos fueron locos (a). Ni aun quando los Astros hubiesen de influir las calidades que los Genetiacos pretenden, en aquel tiempo que ellos observan, podrían concluir cosa alguna. Lo primero, porque son muchos los Astros, y puede uno corregir, ó mitigar el influxo de otro, y aun trastornarle de el todo. Aunque Mercurio, quanto es de su parte, incline al recién nacido al robo, ¿de dónde sabe el Astrólogo que no hay al mismo tiempo en el Cielo otras estrellas combinadas, de

(a) Es digno de agregarse al suceso que hemos escrito en el num. 26. el que vamos á referir. El insigne Astrónomo Tycho Brahe, sin embargo de su excelente capacidad, padeció la flaqueza de aplicarse á la Astrologia Judiciaria, y hacer estimacion de ella. Habiéndole dado Federico Segundo, Rey de Dinamarca, la Isla de Wén con una gruesa pensión, edificó en ella un Castillo, á quien dió el nombre de *Uraniburg*, que significa Villa, ó Ciudad de el Cielo, por razon de un excelente Observatorio, que construyó en el mismo Castillo para examinar los Astros. Es de saber, que él mismo dexó escrito, que eligió un punto de tiempo, en que el Cielo estaba favorable á la duracion de el edificio, para sentar la primera piedra. ¿De qué sirvió esta precaucion? De nada. Pocos edificios habrán subsistido tan corto espacio de tiempo. Dentro de veinte años fueron demolidos Observatorio, y Castillo por los que sucedieron á Tycho en aquella posesion, para emplear los materiales en otras cosas, que juzgaron mas útiles. Monsieur Picard de la Academia Real de las Ciencias, que visitó aquel sitio el año de 1671, con dolor suyo vió, que *Uraniburg*, ó Ciudad de el Cielo, estaba reducida á un cerredo, donde arrojaban esqueletos de bestias. ¿Qué poco cuidaron los Astros, ni de la existencia, ni de el honor de un edificio, que su dueño les habia consagrado! Ya en otra parte notamos, que Tycho, no obstante su bello entendimiento, tenía el genio supersticioso, y agorero; pues se cuenta de él, que si saliendo de casa encontraba alguna vieja, volvía á recogerse por temor de algun mal suceso. Despues leí, que lo mismo hacia si veía alguna liebre.

Hace, á mi parecer, alguna falta en el Discurso de la Astrologia Judiciaria la definicion que de ella hizo el Ingles Thomas Hobbes (*De Homine*.) Por tanto la pondremos aquí. *Es, dice, un estratagemma para librarse del hombre á costa de tantos. Fugiendo egestatis causa, hominis stratagemma est, ut prædam auferat à populo stulto.*

modo que estorben el mal influxo de Mercurio? Comprehende por ventura las virtudes de todos los Astros, segun las innumerables combinaciones que pueden tener entre sí? Lo segundo, porque aun quando esto fuera comprehensible, y de hecho lo comprehendiera el Astrólogo, aun le restaba mucho camino que andar; esto es, saber cómo influyen otras muchas causas inferiores, que concurren con los Astros, y con harta mayor virtud que ellos, á producir esas disposiciones. El temperamento de los padres, el régimen de la madre, y afectos que padece mientras conserva el feto en sus entrañas, los alimentos con que despues le crian, el clima en que nace, y vive, son principios que concurren con incomparablemente mayor fuerza que todas las estrellas, á variar el temperamento, y qualidades de el niño: dexando á parte lo que la educacion, y lo que el uso recto, ó perverso de las seis cosas no naturales, pueden hacer. Si tal vez una enfermedad basta á mudar un temperamento, y destruir el uso de alguna facultad de la alma, como el de la memoria; por mas que se empuen todos los Astros en conservar su hechura, ¿qué no harán tantos principios juntos como hemos expresado? Y pues los Astrólogos no consideran nada de esto, y por la mayor parte les es oculto, nada podrán deducir por el horóscopo en orden á costumbres, inclinaciones, y habilidades, aun quando les concediésemos todo lo demás que pretenden.

§. VIII.

28 **A** La verdad, quanto hasta aquí se ha discurrido contra los Genetlicos, poco les importa á los componedores de Almanagues: porque estos, como ya se advirtió arriba, se contentan con unas predicciones vagas de sucesos comunes, que es moralmente imposible dexar de verificarse en algunos individuos: y qualquiera podrá formarlas igualmente seguras, aunque no sepa ni aun los nombres de los Planetas. El año de diez fue celebradísima una prediccion del Gotardo, que decia no sé qué de unos personages cogidos en ratonera, como muy adecuada á

un

un suceso que ocurrió en aquel tiempo. Yo apostaré que qualquiera que supiese con puntualidad todas las tramas políticas de los Reynos de Europa, en qualquiera lunacion hallaría varios personages cogidos en estas ratoneras metafóricas: siendo bien freqüente hallarse sorprendido el golo-so de mejorar su fortuna, en el mismo acto de atrojarse al cebo de su ambicion. Y quando hay guerras, de qualquiera que es cogido en una emboscada, se puede decir con igual propiedad, que cayó en la ratonera.

29 Pero dos cosas nos restan que exáminar en los Almanagues, que son el Juicio general de el año, y las predicciones particulares de las varias impresiones de el ayre, por lunaciones, y dias.

30 En quanto á lo primero, en sabiéndose que todo el systema, en que se funda este Pronóstico, es arbitrario, y todos los preceptos, de que consta, fundados en el antojo de los Astrólogos, está convencida su vanidad. Las doce Casas, en que dividen la Esfera, no son mas ni menos, porque ellos lo quieren así, y fue harta escasez suya no haber fabricado en el Cielo mas que una corta Aldea, quando, sin costarles mas, pudieron edificar una gran Ciudad. El orden de estos domicilios, de modo que el primero se coloca á la parte del Oriente, debaxo del Horizonte, y así van prosiguiendo las demas debaxo del Horizonte, hasta que la séptima se aparece sobre él en la parte Occidental, y las restantes continúan el círculo hasta la parte Oriental descubierta; todo es antojadizo. Las significaciones de esas Casas, y de los Planetas, en ellos son puras significaciones *ad placitum*. Es cosa lastimosa ver las ridiculas analogías de que se valen para dar razon de esas significaciones. De modo, que en todo, y por todo estas Casas se construyeron sin fundamento alguno: al fin como fábricas hechas en el ayre. ¿Qué diré de las dignidades, ya esenciales, ya accidentales de los Planetas? ¿De los grados de fortaleza, ó debilidad, que les atribuyen en diferentes posituras? ¿De sus exáltaciones, sus triplicidades, sus aspectos? ¿De los dos domicilios diurno, y nocturno, que

les

les señalan , exceptuando al Sol , y la Luna (no valiéndole al Sol ser el grande Alquimista , que produce tanto oro , para redimirle de la pobreza de no tener mas que una Casa ; y lo mismo digo de la Luna , á quien atribuyen la produccion de la plata) , de la grande disimilitud de influxos , segun se colocan los Planetas en diferentes signos , y segun se consideran ya rectos , ya obliquos , directos , retrogrados , ó estacionarios ? Y toda la demas barahunda imaginaria de supuestos establecidos por caprichos?

§. IX.

31 **A**ñádesse sobre esto , que no concuerdan los Astrólogos en el método de erigir los temas celestes , de donde dependen en un todo los Pronósticos. Los Arabes Firmico , y Cardano siguieron el método de los antiguos Caldeos , que se llama Equable. El Autor del Alcabitio inventó otro. Otro Campano. Y ninguno de estos tres se sigue hoy comunmente , sino el que inventó Juan de Regiomonte , que se llama Método Racional. En que se debe advertir , que el Planeta mismo , que erigiendo el tema segun un método , se halla en una Casa , donde promete buena fortuna , erigiendo el tema segun otro método , sucede encontrarse en otra Casa , donde significa muy adversa suerte. ¿Y por donde sabríamos qual método era el mas acertado , aun quando cupiese acierto en esta materia ? Lo que se collige evidentemente de aquí es , que las reglas de la Judicaria son arbitrarias todas.

32 Mas : los mismos profesores de este Arte convienen en que sus reglas solo se fundan en la experiencia : porque no pudiendo haber razon alguna , que demostrase *à priori* , como dicen los Dialécticos , qué influxos tiene esta , ó aquella combinacion de los Planetas , solo se pudo sacar esto por induccion experimental , despues de ver muchas veces qué efectos se siguieron á esas diferentes combinaciones. Y este es otro atolladero terrible de la Judicaria : porqué desde el principio del mundo hasta ahora no se ha repetido adequadamente alguna combinacion de As-

tros,

tros , y Signos : siendo menester para esto , segun todos los Astrónomos , mucho mayor transcurso de tiempo ; que algunos reducen al espacio de quarenta y nueve mil años. Los antiguos Caldeos quisieron evacuar esta dificultad , procurando persuadir , que tenian recogidas las observaciones Astrológicas de quatrocientos mil años : falsedad , que , sobre oponerse á lo que la Fé nos enseña de el principio de el mundo , fue convencida por el grande Alexandro , habiendo , quando entró en Babylonia , mandado á Calistenes registrar sus archivos. Pero dado caso que menos cantidad de siglos fuese bastante para hacer las observaciones necesarias , pregunto : Quando Juan de Regiomonte inventó el método racional , que es el que hoy se sigue , ¿en qué experiencias se fundó para establecerle ? Es fixo que en ningunas : pues no habiéndose usado antes , no hubo lugar de experimentalrle. Y ni su método , ni otro alguno le aprovechó á Regiomonte , para preveer que le habian de quitar alevosamente la vida los hijos de Jorge de Trevisonda , temerosos de que la reputacion de su sabiduría habia de disminuir la de su padre. Desde que murió Regiomonte hasta ahora pasaron dos siglos y medio cabales. ¿Qué tiempo es este para que quepan en él observaciones bastantes á autorizar el método racional ?

33 Lo mismo digo de Campano , que floreció quatro siglos antes que Regiomonte. ¿En qué experiencias fundó su nuevo método ? Bien se ve en esto , que los preceptos de la Judicaria se fundan solo en capricho , y no en razon , ni experiencia.

34 Y hago ahora otra pregunta : ¿O á los pronósticos que se hacian siguiendo el método de los Caldeos , correspondian los sucesos , ó no ? Si correspondian , errólo Regiomonte en mudarle , y los modernos lo yerran en no seguirle. Si no correspondian , son falsas , ó fueron casuales aquellas predicciones famosas de los Astrólogos antiguos , que los modernos alegan á favor de la Judicaria ; pues es constante que los Astrólogos antiguos siguieron el método de los Caldeos. Lo que se ha dicho en este punto ,

Tom. I. del Teatro.

O

cons-

conspira igualmente á descubrir la vanidad de el tema natalicio, por donde pronostican los Astrólogos la fortuna de los particulares, que de los diferentes temas celestes, que erigen para hacer el Juicio general de el año; porque unos, y otros dependen de los mismos principios.

35 Y de los mismos dependen tambien las predicciones de las qualidades del tiempo en diferentes quartos de Luna, y en cada día, aunque añadiendo nuevo, y singular tema para cada quarto de Luna, y atendiendo para cada día en particular diferentes combinaciones de los Planetas, ya entre sí, ya con las estrellas fixas. Como quiera que discurren en esta materia, es constante que no yeran los Astrólogos en ella menos que en todo lo demas. El gran Mirandulano examinó todo un Invierno los Almanagues que habian compuesto para aquel año los mas famosos Astrólogos de Italia; y solo en cinco, ó seis dias los halló conformes á las impresiones de el ayre, que observó en todo aquel espacio de tiempo. El año de 1186 pronosticaron los Astrólogos furiosísimos vientos, y horrendas tempestades, por razon de cierta conjuncion de los superiores, é inferiores Planetas; pero lograron los mortales en aquel tiempo quietos, y pacatísimos los Elementos. Refiere esto Escalfigero sobre la autoridad de Rigordo, Monge de S. Dionís, y Médico de Felipe Augusto, que floreció en aquel tiempo. El año de 1524, habiendo observado los Astrólogos grandes conjunciones de los Planetas en los Signos, que ellos llaman Aqueos, por el mes de Febrero, predixeron portentosas inundaciones, y nunca vistas lluvias, lo que llenó de terror á Europa; de modo, que muchos se previnieron de barcas, y otros de habitacion en sitios eminentes. Pero tan lexo estuvo de venir el esperado diluvio, que ni una gota de agua cayó en todo aquel Febrero. Así lo cuenta Dureto, que vivió en el mismo siglo.

36 Ni pueden menos los Almanaquistas de caer en tan abultados errores. Porque es falso, ó por lo menos incierto, que los Astros, ó constelaciones que ellos señalan, pro-

duzcan frios, ó ardores, vientos, lluvias, ó serenidades. Si los ardores del Estío dependieran de hacer entonces el Sol su curso por el Signo de Leon, calientes estuvieran como nosotros en el Agosto los que habitan á quatro, ó cincuenta grados de latitud austral, pues no tienen, ni influye en ellos en aquel tiempo otro Sol, que el que camina por este Signo; mas los pobres padecen en aquella sazón intensísimo frio. Y si el quadrado de Marte, y Venus induxera lluvias, las habia de mover en todo el mundo: pues ninguna Region de el mundo logra entonces á esos dos Planetas en diferente aspecto. Nuestro mismo hemisferio, y la propia Region que habitamos, desmentirá algun día á los Astrólogos en esta parte, si el mundo dura algunos millares de años; pues es infalible que llegará tiempo, en que el orto de la canícula, ó conjuncion de el Sol con ella, suceda en los meses de Diciembre, y Enero; y entonces ciertamente helará en la canícula.

37 Pero gratuitamente permitido que los Astros tengan la actividad, que para estos efectos les atribuyen los Astrólogos; por lo menos es innegable que concurren á los mismos efectos otras causas tanto mas poderosas que los Astros, que pueden, no solo disminuir, mas estorbar de el todo sus influxos. En Egypto nunca llueve, ó rarísima vez, y esto solo en los meses de Noviembre, Diciembre, y Enero; y es cierto que giran sobre aquella Region los mismos Astros que sobre otras muchas, donde caen lluvias copiosas. En el Valle de Lima sucede lo mismo, donde toda la fertilidad de la tierra se debe á un blando rocío. No solo entre Regiones distantes hay esta oposicion; mas aun la corta division que hace en la tierra la cima de un monte, basta para inducir en las dos llanuras opuestas temperie muy diferente. Como sucede en el que divide este Principado de Asturias de el Reyno de Leon: pues los ímpetus de el Norte, quando sopla furioso, llenan de lluvias, nieves, y borrascas todo este País, hasta cubrir aquella eminencia; y al mismo tiempo es comun lograr de la otra parte perfecta serenidad. Váyanse ahora los Astrólogos á deter-

minar qué dias ha de llover por las Estrellas.

38 El P. Tosca juzgó que evacuaba en parte esta dificultad, encargando que en la formacion de los Almanagues se tengan muy presentes las calidades de el País. Pero sobre que para esto sería menester poner en cada País, y aun en cada Lugar, un Almanaquista, y hacer para cada uno distinto Reportorio, pues en la corta distancia de tres, ó quatro leguas, se varía á veces el temple, y calidad de la tierra, y ayre, y no es conveniente aumentar tanto el número de los Astrólogos, quando sobran aun los pocos que hay: digo sobre esto, que sería tambien inutil esa diligencia. Lo uno, porque son incompreheensibles las calidades de los Países, de modo, que por ellas se puedan pronosticar las mudanzas de los tiempos. Lo otro, porque estas no dependen precisamente de los Países donde se exercitan, sino tambien de otros distantes, de donde vienen los vientos, humedades, y exhalaciones; y no solo de los Países donde se engendran, mas tambien de aquellos por donde transitan. Las fermentaciones que se hacen en varias partes de las entrañas de la tierra, ocasionan los vientos, y contribuyen materia para las tempestades. ¿Qué entendimiento humano podrá apear cuándo, y cómo se hacen? Aun despues de elevarse vapores, y exhalaciones en la atmósfera, quién comprehenderá las varias determinaciones de el rumbo de el viento, que las ha de conducir á esta, ó la otra Region, ni las disposiciones que hay en una mas que en otra; para que sobre ellas se liquiden las nubes, ó se enciendan las exhalaciones? Aun quando supiese todo lo demas, ¿cómo he de averiguar, si la nube que en tal dia ha de volar sobre el Horizonte sensible que habito, vendrá en estado de derretirse sobre este Lugar en agua, ó lo guardará para la montaña, ó el valle, que dista de aquí algunas leguas?

39 Como quiera, la consideracion de el País solo puede aprovecharle al Astrólogo para pronosticar á bulto, sin determinacion de tiempo, mas lluvia en el País mas húmedo, mas calores en el mas ardiente, mas hielos en el mas frio;

pues á todos consta por experiencia, que dentro de un mismo País, en quanto á la determinacion de tiempo, no hay consecuencia de un año para otro, sucediendo en un año una Primavera muy enjuta, y en otro muy mojada. Aun mas hay en esto; y es, que un mismo País por un accidente, al parecer de poca importancia, suele variar sensiblemente de temple. La Isla de Irlanda, despues que abastieron los Naturales muchos bosques que habia en ella, es mucho menos lluviosa que era antes. Y me acuerdo de haber leído (pienso que en el Padre Kirker), que la tierra de Aviñon, que era antes muy húmeda, y nebulosa, goza un hermoso Cielo, despues que se enjugó una laguna de bien poco ámbito, que habia en ella.

40 Concurriendo, pues, á variar la temperie de las Regiones tantas causas de acá abaxo, que no solo alteran, mas á veces, como se ha visto, estorban casi de el todo la operacion de las constelaciones, nada podrán averiguar en la materia los Astrólogos, por la precisa inspeccion de los Cielos: y por otra parte, las demas causas cooperantes no estan sujetas á su exámen. Dirá acaso alguno, que los Astros ponen en movimiento esas mismas causas con todos los varios respectos, y combinaciones que tienen écia tales, ó tales Países: y así de ellos descende primordialmente, que en esta Region llueva, y en la otra no: que aquí haga frio, y allí calor. Yo quiero pasar por ello. Pero siendo así, el Astrólogo no leerá en el Cielo lluvia, ni otro temporal alguno absolutamente para tal dia, sino con distincion de Regiones; y como estas son tantas, es infinito lo que tendrá que leer en el Cielo. Pongo por exemplo, el dia quatro de Abril lluvia en España, en la Noruega, en la Mesopotamia. Sereno en Persia, en la Tartaria, y en Chile. Viento en Grecia, en la Natolia, en Sicilia, y en Marruecos. Frio en la Noruega, en la Georgia, en el Mogol, y en la Isla de Borneo. Calor en Egipto, en los Abisinos, en México, y Acapulco. Vario en Francia, en la China, y el Brasil. Y así se irán leyendo en los Astros, truenos, granizo, helada, nieve, asignando cada diferencia de tem-

poral á mas de trescientas, ó quatrocientas partes distintas de el globo terrestre. Verdaderamente, que para tanto es menester fingir en cada Astrólogo el *Icaro Menippo* de el graciosísimo Luciano, que arrebatado al Cielo, oía decretar á Júpiter lluvia en la Scythia, truenos en Lybia, nieve en Grecia, granizo en Capadocia, &c. ¿Pues qué si se añade á esto la abundancia, ó penuria de tanta variedad de frutos, en cuya copiosa mies, como suya propia, entran la hoz de el pronóstico los Astrólogos? Y siendo las especies de frutos tantas, y muchas mas aún las Provincias donde se puede variar la corta, ó larga cosecha, apenas se podrá comprehender en un gran libro lo que sobre este punto habrá menester estudiar en los Astros el Astrólogo.

41 Quien quisiere, pues, saber con alguna anticipación, aunque no tanta, las mudanzas de el tiempo, gobiérense por aquellas señales naturales que las preceden, y no solo estan escritas en muchos libros, mas tambien se pueden aprender de Marineros, y Labradores, los quales pronostican harto mejor que todos los Astrólogos de el mundo. Por eso Lucano, en el *lib. 5. de la Guerra Civil*, no introduce algun Astrólogo, vaticinándole al Cesar la tempestad que padeció en el tránsito de Grecia á la Calabria, sino al pobre Barquero Amiclas.

42 Y á este propósito es sazonado el chiste que refiere el P. Dechales, sucedido á Luis XI, Rey de Francia. Había salido este Príncipe á caza, asegurado por el Astrólogo que tenía asalariado, de que había de gozar un sereno, y apacible día. Encorrió en el camino á un pobre Carbonero, que le avisó se retirase, porque amenazaba una terrible lluvia. Salió el pronóstico del Carbonero verdadero, y el de el Astrólogo falso. Por lo qual el Rey, despidiendo al Almanquista, tomó por Astrólogo suyo, señalándole salario como á tal, al Carbonero.

43 Añadiré una reflexion de las mas eficaces, para convencer de vanas todas las observaciones Astrologicas que se hicieron en todos los pasados siglos; y es, que desde que se inventaron los Telescopios, se han descubierto tan-

tas Estrellas, ya fixas, ya errantes, que exceden en número á las que observaban los Astrólogos anteriores, que miraban el Cielo con los ojos desnudos. Solo Juan Hevelio, Burgo-Maestre de Dantzic, y famoso Astrónomo, descubrió de nuevo tantas Estrellas fixas, que les puso el nombre de Firmamento Sobieski, en honor del glorioso Juan III. de este nombre, Rey de Polonia. Ahora se arguye así. La ignorancia de los Astros nuevamente descubiertos, traía consigo necesariamente la ignorancia de sus influxos; y la combinacion de los influxos de estos con los de los demas que estaban patentes, inferia otros efectos muy diferentes de los que tuvieran estos, si obráran por sí solos. Luego todas las observaciones Astrologicas, que se hicieron antes de la invencion del Telescopio, fueron inútiles, y vanas, porque iban sobre el supuesto falso, de que no influían otros Astros, que los que se descubrían entonces. El Telescopio fue inventado el año de 1609 por el Holandes Jacobo Meccio, y perfeccionado poco despues por el insigne Matemático Florentin Galileo de Galileis. Todos los grandes Maestros de la Judiciaria, por quienes se gobiernan los Astrólogos modernos, son anteriores. De que se infiere, que unos ciegos guían á otros ciegos.

§. X.

44 **O**Mito muchos lugares de la Escritura, como tambien muchas autoridades de Padres contra los Judiciarios, porque se hallan en muchos libros. Pero no disimularé la Bula de el gran Pontífice Sixto Quinto contra los Profesores de este Arte, que empieza: *Cæli, & Terræ Creator Deus*, porque es en este asunto lo mas concluyente que se halla en linea de autoridad. Para lo qual es de advertir, que á todos los demas Textos, ya de la Escritura, ya de Concilios, ya de Padres, ya de Bulas Pontificias, con que se les arguye á los Judiciarios, responden estos, que en esos Textos solo se condena aquella Judiciaria, que pronostica como ciertos los futuros contingentes, dando por infalibles las amenazas de los Astros.

Pero esta interpretacion no tiene lugar en la Bula de Sixto. La razon es, porque manda á los Inquisidores, y á los Ordinarios, que procedan contra los Astrólogos, que pronostican los futuros contingentes, aplicándoles las penas canónicas, aunque ellos confiesen, y protesten la incertidumbre, y falibilidad de sus vaticinios: *Etiám si id se non certó affirmare asserant, aut protestentur*: permitiéndoles únicamente el pronosticar aquellos efectos naturales, que pertenecen á la Navegacion, Agricultura, y Medicina: *Statuimus, & mandamus, ut tam contra Astrologos, Mathematicos, & alios quoscunque dictæ Astrologiæ artem, præterquam circa Agriculturam, Navigationem, & rem Medicam exercentes, &c.* Y así, en pasando de esta raya, deben proceder contra ellos los Superiores, por mas que en el principio de sus libros, y Almanagues protesten que su Arte es falible, y en el fin de ellos pongan: *Dios sobre todo*, por sánelo todo.

ECLYPSES.

DISCURSO NONO.

S. I.

1 **A**unque los pronósticos que hacen los Astrólogos por la inspeccion de los Eclipses, parece debieran ser comprendidos, é impugnados en el Discurso pasado, por ser en parte materia de sus Almanagues, he juzgado mas oportuno hacerles proceso á parte; porque en realidad es la causa diversa; siendo cierto que este error no se funda tanto en la vanidad Astrológica, quanto en una mal considerada Física.

2 En aquellos tiempos rudos, quando se ignoraba la causa natural de los Eclipses, no es de estrañar, que sobre

bre ellos concibiesen los hombres extravagantes ideas. Así (segun refiere Plinio) Sterscoro, y Píndaro, ilustrísimos Poetas, consintieron en el error vulgar de su siglo, atribuyendo á hechicería, ó encanto la obscuridad de los dos Luminares. Por esto era rito constante entonces dar todos grandes voces, y hacer estrépito con tympanos, vacias, y otros instrumentos sonoros á fin de turbar, ó impedir que llegasen al Cielo las voces de los Encantadores. A lo que aludió Juvenal, quando de una muger muy loquaz, y voceadora dixo:

Una laboranti poterit succurrere Luna.

Los Turcos, y Persas continúan hoy la misma supersticion, aunque con motivo distinto, que es el de desbaratar, ó desvanecer con el ruido las malignas impresiones de los Eclipses; á que añaden el cubrir cuidadosamente las fuentes públicas; porque no les comunique algun inquinamento el ambiente viciado con el adverso influxo. Lo mismo hacen los Chinos en quanto al estrépito, como testifica el P. Martin Martini, aunque asistidos ya de Matemáticos, que les predican el día, y la hora de el Eclipse, y desengañados de que el Eclipse de Sol no es mas que la falta de comunicacion de sus rayos á la tierra por la interposicion de la Luna; y el Eclipse de Luna la falta de comunicacion de la luz Solar á ella por la interposicion de la tierra. Tanto se arrayga en los ánimos una observacion supersticiosa, que apenas puede turbarla de la posesion el mas claro desengaño. Ni son menos ridículos los habitadores de Coromandel, los quales atribuyendo á sus pecados el Eclipse de Luna, luego que le advierten, á tropas entran á lavarse en el Mar, creyendo que así expian sus culpas.

3 Aunque errores de este tamaño son particulares solo de algunas bárbaras Naciones, en todas reyna el general engaño de que los Eclipses ocasionan graves daños á las cosas sublunares, tanto sensibles, como insensibles, con sus enemigos influxos. Tan universal es el miedo de los Eclipses, que Plinio le extiende hasta los mismos brutos: *Namque defectum syderum, & cæteræ pavent quadrupedes.*

Pe-

Peró es cierto que se engaña; porque yo los he observado nada menos alegres, y festivos durante el Eclipse, que fuera de él. Y así aseguro, que no es el miedo de los Eclipses instinto de los irracionales, sino irracionalidad de los hombres: temor ageno de todo fundamento, y que á veces ocasiona grave perjuicio, atando las manos para executar lo conveniente. Como le sucedió á Nicías, Capitan de los Atenienses, que siéndole preciso retirarse con la Armada Naval del sitio infeliz de Syracusa, dexó de hacerlo por ver eclypsada la Luna, pareciéndole que quanto en aquel tiempo fatal se executase, tendría éxito funesto. De que resultó, que cargando luego sobre él los Syracusanos, derrotaron enteramente á los Atenienses. Muchos, como Nicías, durante el Eclipse; levantan la mano de los negocios, y por esta interrupcion pierden las coyunturas. Yo ví no pocos, al asomar el Eclipse, meterse mas tímidos en sus aposentos que los conejos en sus madrigueras. Y no sé si perdieron algo de su supersticioso miedo, viéndolo que á mí no me había sucedido algun daño, aunque, mientras duró el Eclipse, de propósito me estuve paseando á Cielo descubierta.

S. II.

4 **D**E modo, que la experiencia está muy lexos de autorizar ese miedo; y la razon evidentemente le convence de vano. Porque no siendo otra cosa el Eclipse de Luna, que la falta de su luz reflexa por la interposicion de la tierra; y el de Sol la falta de la suya, por la interposicion de la Luna; pregunto: qué daño puede hacer el que falte por un breve rato, ni de noche la luz de la Luna, ni de dia la de el Sol? ¿No falta una, y otra luz por una nube interpuesta, y aun mas dilatado tiempo, sin que por eso se siga daño perceptible, ni en la tierra, ni en los animales, ni en las plantas? ¿Qué mas tendrá faltarme la luz de el Sol, porque la Luna me la estorba, que faltarme porque el techo de mi domicilio donde estoy recogido me la impide? La calidad, ó naturaleza del cuerpo interpuesto, no hace al caso: porque que el techo de mi aposento

sea

sea de esta madera, ó de la otra, que esté cubierto de plomo, ó de pizarra, ó de texa, no puede hacer que la falta de luz, ocasionada de este estorbo, sea mas, ó menos nociva.

5 Pericles, Capitan de los Atenienses, viendo turbados por un Eclipse de el Sol los Soldados que estaban prevenidos por una expedicion marítima, oportunamente opuso á los ojos de el Gobernador de la Armada consternado como los demas, la capa de púrpura que tenia sobre sus hombros, estorbándole con ella la vista de el Cielo; y preguntándole, si aquello le podia hacer, ó pronosticar algun daño? Respondióle el Gobernador, que no. Replicó Pericles: pues no hay alguna diferencia de una cosa á otra; sino que la Luna, como mucho mayor cuerpo, quita á muchos la luz de el Sol, y la capa á uno solo.

6 Lo mismo digo de la falta de calor que puede venir de uno, ó otro Astro. Fuera de que de la Luna no nos viene algun calor, ó es totalmente insensible. Así lo mostró la experiencia en el mejor espejo ustorio, que jamas hubo en el mundo (dexamos aparte los de Arquimedes, acaso fabulosos), que fue el que pocos años há, como se lee en las Memorias de Trevoux, fabricó en Francia el Señor Villette; tan activo, que no se encontró materia alguna que expuesto al Sol no liquase prontamente colocada en el punto de el foco. Digo que en este espejo se vió, que la Luna no produce calor poco, ni mucho; pues habiendo recogido sus rayos en él, no se percibió en el punto de el foco calor alguno: y por poco que fuese el calor de la Luna, creciendo en aquel punto á proporcion que el de el Sol, se habia de sentir allí muy vehemente.

7 Ni se me oponga aquel verso de el Psalmo 120: *Per diem Sol non uret te, neque Luna per noctem*, de el qual se movió Vallés para conceder en su Filosofia Sacra, cap. 71. virtud de calentar á la Luna. Digo que este texto no prueba el intento. Lo primero, porque en doctrina de S. Agustín solo admite sentido mystico: y así el Cardenal Hugo no le dió otras inteligencias, que las de esta clase. Lo se-

gun

gundo, porque como se puede ver en Lorino, el verbo Hebreo de el original no significa ustion, ó calefaccion, sino qualquier género de lesion en general. Lo tercero, porque como exponen otros, la Luna quema no calentando, sino enfriando; ó hace con el frío algunos efectos semejantes á los que obra el Sol con el calor. Por lo que dixo un Poeta:

.....Unum operantur
Et calor, & frigus: sicut hoc, sic & illud adurit.
Sic tenebræ visum, sic Sol contrarius aufert.

Y que no puede entenderse el texto literalmente, segun el rigor de el verbo Latino *Uro*, es claro; pues aunque se conceda alguna actividad para calentar á la Luna, nadie dirá que es tanta, que llegue á quemar.

8 Si alguno piensa que la sombra de la tierra, llegando á la Luna, puede malear su influxo, considere lo primero, que la sombra, siendo pura carencia, no puede tener actividad alguna poca, ni mucha. Considere lo segundo, que aun quando concediésemos á la sombra alguna facultad para inficionar el influxo, no habría por lo menos que temer en el Eclypse de el Sol; pues nunca llega, ni puede llegar por razón de el Eclypse á este Astro alguna sombra: *Supra Lunam pura omnia, ac diurnæ lucis plena*, dice Plinio. Dixe por razón de el Eclypse, para excluir aquellas sombras que en el Sol muestran sus propias manchas, poco ha empezadas á observar con los telescopios.

§. III.

9 ES muy de el caso, para desvanecer el miedo de los Eclipses, proponer aquí lo que dice de ellos Gerónimo Cardano. Este Autor, cuyas decisiones deben ser muy veneradas de los Astrólogos, por haber sido gran protector de las ideas de la Judicaria, tan lexos está de condenar los Eclipses por nocivos, que antes los aprueba por útiles. En caso de no ser muy frecuentes, asienta, que todos los Eclipses enfrian sensiblemente la tierra, y los vien-

vientes. Pero en eso mismo funda su conveniencia. *Siendo (dice) necesario el calor para conservar la vida de los animales, y las plantas, entre los siete Planetas solo uno fue criado de naturaleza fría, que es Saturno. Pero no pudiendo un solo Planeta frío corregir el ardor que ocasionan seis Planetas calientes, para que en el discurso de el tiempo no fuese abrasado el mundo, dispuso Dios que de tiempo en tiempo hubiese Eclipses, los cuales refrescasen la tierra (a).* Segun esta doctrina, en vez de temer los Eclipses, debemos amarlos, como auxiliares de nuestra conservacion, por quanto templan las ardientes iras de los seis Planetas, que sin ese correctivo nos reduxeran á cenizas. Es verdad que no es muy coherente esto con lo que Cardano dice en otra parte, que si el Eclypse de el Sol sucede estando las mieses en flor, aquel año no tienen grano las espigas. Ciertamente frialdad que hace tanto daño en las mieses, es muy excesiva para que se puedan esperar de ella buenos efectos en las demas sustancias animadas. Pero quién creerá que la ausencia de el calor de el Sol por tres horas, que es lo mas que duran sus Eclipses, pueda ocasionar tanta ruina, quando no vemos seguirse estos estragos, aunque las nubes nos le escondan por tres días? *10* Tambien es bueno advertir aquí, que la regla que da Cardano en quanto á la duracion de los Eclipses, está encontrada con lo que en este punto se nos dice comunmente en los Almanagues. La regla de Cardano es (b), que los efectos de los Eclipses de Luna duran otros tantos meses, y los de los de el Sol otros tantos años quantas horas hubieren durado, ó estos, ó aquellos. Y siendo cierto que el Eclypse mas largo de Sol no dura mas que tres horas, ni el de Luna mas que quatro, solo á tres años pueden extenderse los efectos de aquel, y solo á quatro meses los de este. ¿Cómo se compondrá esto con la larga serie de años, que tal vez ponen los Almanagues sujetos al maligno influxo de los Eclyses?

Aun-

(a) *Aphorism. Astron. segm. 7. Aphor. 52.*

(b) *Ubi sup. Aphor. 75.*

II Aunque hemos impugnado hasta aquí los malignos influxos de los Eclipses en quanto dependientes de causa física, conviene á saber, de la frialdad que puede ocasionar la ausencia de la luz de los dos Astros, no se piense por esto que los Astrólogos no introducen tambien en esta materia los soñados preceptos de la Judiciaria. Hace mucho al caso, segun su doctrina, para determinar, variar, ó modificar el influxo de la causa física, la Casa celeste donde sucede el Eclipse: tambien la positura de los dos Luminares en este, ó en aquel Signo, con otras cosas á este tono, cuya impugnacion omitimos; porque quanto se ha dicho arriba contra la Astrologia Judiciaria, sobre ser sus preceptos absolutamente arbitrarios, sin fundamento alguno, ni de razon, ni de experiencia, es adaptable al asunto presente.

12 Depóngase, pues, el vano miedo de esos fatales efectos, que, á Dios te la depare buena, nos pronostican los Almanaquistas han de durar por tantos, ó tantos años. *A signis Cæli nolite metuere, quæ timent gentes*, clama Dios por Jeremías. No temais, como los Gentiles, las señales de el Cielo. Este Texto desengaña generalmente de la vanidad de la Judiciaria. Pero parece que con alguna particularidad se puede aplicar á relevarnos de el susto que nos introducen los Astrólogos con sus imaginarios efectos de los Eclipses. Y dese tambien por dicho esto para los Cometas, de los quales vamos á hablar ahora.

COMETAS.

DISCURSO DECIMO.

§. I.

I **E**l Cometa una fanfarronada de el Cielo contra los poderosos de el mundo: émulo en la apprehension humana, de la generosa furia de el rayo: porque como este hiere en lo mas alto, aquel en lo mas noble. Acaso la consideracion de que los Príncipes tienen menos que temer de parte de la tierra que los demas hombres, les hizo añadir terrores en la superior esfera, para contener su orgullo. Pero en la verdad tantos enemigos de su vida tienen los Príncipes acá abaxo, que para asustarles el aliento no es menester que conspiren con los malignos vapores de la tierra los brillantes ceños de el ayre. La ambicion de el vecino, la quexa de el vasallo, el cuidado propio, son los Cometas que deben temer los Soberanos. Esotras erráticas antorchas no pueden hacer mas daño que el que ocasionan con el susto.

2 No solo el Vulgo, ni solo para los Príncipes, reconoce calamitosos los Cometas. Tambien algunos Autores de escogida nota fomentan estos miedos, extendiéndolos á las Ciudades, á los Reynos, en fin al comun de los hombres. De este número son Fromondo, Keplero, Cabeo, Kirquerio, Cardano, y otros. Bien que no todos discurren por un mismo camino. Algunos constituyen á los Cometas señales naturales prácticas de los males que les atribuyen; esto es, dicen que los significan, porque fisicamente los causan. Otros, desnudándolos de toda fisica eficiencia, les niegan la significacion natural, concediéndoles solo ser signos por la voluntaria ordenacion divina, ó como se explican las Escuelas, *signis ad placitam*. Y aun entre estos hay alguna division: porque algunos quieren que no solo la significa-